



Dialogando con nuestros lectores

¿Murió católico Voltaire?

Angel Arín Ormazábal, S. J.

Desearía me dijese qué hay definitivo sobre la muerte de Voltaire, pues hace poco se habló de que había muerto arrepentido, cuando su muerte se tenía como proverbial de un impío que por largos años se había reído de todo lo bueno.

A no pocos de nuestros católicos causó una gran sorpresa la noticia publicada hace algún tiempo en muchas publicaciones sobre la muerte arrepentida de Voltaire contra lo que comunmente se venía diciendo de que su fin fué el de un impenitente.

Hoy nos place contestar a la pregunta de nuestro interlocutor con un artículo de "Ecclesia" revista francesa de lecturas cristianas, Marzo 1955, donde se verá que se ha dado a los documentos aducidos una novedad y una fuerza que no tenían para lo que se pretendía probar con ellos.

"Se ha hablado mucho estos últimos años sobre su muerte (de Voltaire). Jacques Donvez dió a conocer en el "Figaro littéraire" sus reciente descubrimiento en casa de un notario de París, de cinco documentos oficiales, depositados allí por el abate Gaultier, confesor de Voltaire en sus últimos momentos, que habría logrado de él una completa retractación de sus errores, retractación escrita y firmada, y testificada por dos testigos, el abate Mignot, sobrino de Voltaire y el mismo abate Gaultier.

¿Qué pensar de estos documentos?

¿Qué consecuencia puede sacarse de ellos? ¿En resumidas cuentas, murió o no murió católico Voltaire?

Empecemos por reconocer que no hay por qué poner en tela de juicio la autenticidad de los documentos publicados por Jacques Donvez. Se trata solamente de valorar su alcance y de fijar su interpretación den-

tro del dominio de la historia pura. Empecemos por citar aquí dos documentos, que nos parecen de la más viva importancia: una carta de obispo, y la Memoria del Abate Gaultier al arzobispo de París.

1.—Una carta del Obispo de Quimper.

Es conocido de todos que Voltaire murió el 30 de mayo de 1778, es decir en el día aniversario de aquella Juna de Arco, que él había tratado de manera tan indigna. Esta coincidencia es importante para la demostración que va a seguir.

Seis meses más tarde, Monseñor de Saint-Luc, obispo de Quimper, escribía al obispo de Anvers, para darle todos los detalles que había podido reunir sobre la muerte de Voltaire.

“Poco después de la muerte de Voltaire, —le dice— me pedisteis, Monseñor, detalles **seguros**, y diligencia en enviármelos... Me pediais armas para combatir a las máximas y a los discípulos del jefe que acaba de morir en París... os dí pruebas de buena voluntad enviándoos entonces las más de las cosas que pude reunir y os prometí completaros aquéllas, cuando hubiera hecho mayores investigaciones: las he terminado, por fin, y vengo a salvar mi deuda, supliendo la indigencia de mi primer envío: me han servido de criterio la delicadeza en la elección y la reserva de no admitir más que las que llevaban el sello de la verdad”.

Tendremos, pues mucha cuenta de los documentos anunciados por esta carta.

2.—La película de los hechos.

Voltaire salió de su tierra de Ferney, el 5 de febrero de 1778. Llegó a París, el día 10, a las tres y media de la tarde. Estaba a punto de cumplir 84 años, pues había nacido el 20 de febrero de 1694. El 25 de noviembre anterior había escrito a Federico II:

“Tengo más aversión que nunca a la Extrema Unción y a los que la administran. Mientras espero, estoy a vuestros pies, y os invito como a mi consolador en esta vida y la otra”.

Estoy convencido de que no cambió de sentimiento hasta su muerte. Tenemos cantidad de cartas de su propia mano o de billetes más o menos cortos. En todos ellos se llama “el viejo enfermo” y habla de su muerte próxima. Todo París sabe que ha llegado al término de su vida. El rey, informado de su llegada, se sorprendió de ello, pero el entusiasmo dominó la capital. La Academia francesa creyó conveniente arrastrar la opinión en su favor. El buen Franklin, embajador de los Estados Unidos en guerra, en París, le lleva su nieto y le hace ponerse de rodillas ante el idolo. Pide a Voltaire que le bendiga y Voltaire pone su mano sobre el nieto del quákero diciendo: ¡Dios y Patria! Se llegó a hablar entonces de visitas de obispos que habrían venido a ver a Voltaire. Pero esto era una pura invención.

3.—El Abate Gaultier.

En estas circunstancias es cuando entra el abate Gaultier en escena. ¿De quién se trataba? Había nacido en Bazouges-la-Pérrouse, en la diócesis de Rennes en 1717. Joven aún, entró en la Compañía de Jesús, pe-

ro salió de ella a los 35 años, en 1572. Se incorporó al clero secular, fué vicario del Havre, después fué destinado al Seminario de S. Luis de Roune; por fin, aparece como párroco de Saint-Mards en el deanato de Badqueville el día 9 de mayo de 1757.

Más tarde, en 1775, se retiró a París como capellán de los Incurables. Como tal ofreció sus servicios a Voltaire enfermo. No le impulsaba a ello más que su corazón sacerdotal. En el informe que envió más tarde al arzobispo de París explicó así sus motivos:

“¡Cómo, me decía a mí mismo —escribe— ¿un hombre que ha blasfemado contra la religión, que con sus escritos ha destruido las buenas costumbres, va a ser honrado, coronado y casi adorado...? Rogaba al Señor que impidiera los daños que el Patriarca de los incrédulos podía causar en la capital”.

Escribió a Voltaire, el 20 de febrero de 1778. Su carta cayó bien. Voltaire, sufriendo, se preocupaba de sus funerales. “No quiero ser arrojado al muladar con la Lecouvreur”.

4.—Respuesta de Voltaire.

Voltaire respondió al abate Gaultier el 21 de febrero. Su carta es a un mismo tiempo perfectamente cortés y perfectamente imprecisa:

“Tengo 84 años, decía: voy a comparecer bien pronto ante Dios, creador de todos los mundos. Si tenéis algo que comunicarme, será para mí un deber y un honor recibir vuestra visita a pesar de los sufrimientos que me agobian”.

El 26, volvió a escribir:

“Me habéis prometido venir a oírme: os ruego que vengáis lo antes que podáis”. Adviértase la expresión: “para oírme”, que según la interpretación corriente significaba “para confesarme”.

Al día siguiente, 27 de febrero, la señora Denis, sobrina de Voltaire, insistió en estos términos:

“La señora Denis, sobrina de M. de Voltaire, ruega al abate Gaultier quiera venir a verle: ella le estará obligada por ello”.

Uno se pregunta: ¿qué esperaba el abate Gaultier para atender a tantas instancias? Fué a verle el 21 de febrero, pero su conversación con el enfermo, de $\frac{3}{4}$ de hora, tuvo solo un carácter de cortesía. El abate fué inmediatamente a visitar al abate de l'Ecluse, vicario general de París, y al párroco de San Sulpicio, parroquia en la que residía Voltaire. Uno y otro le dieron instrucciones precisas. Había que obtener de Voltaire una retractación en regla y administrarle los sacramentos de la Iglesia.

Llamado por Voltaire corrió a su lado, pero no logró ver a Voltaire. Volvió el 2 de marzo. Este día, Voltaire le cogió de la mano y le rogó le oyera en confesión. El abate le respondió que lo haría gustosísimo, pero que siguiendo las indicaciones del señor párroco de San Sulpicio antes debía pedirle una retractación.

5.—La Retracción.

Leamos ahora atentamente la fórmula firmada por Voltaire. Es el más importante de los documentos descubiertos y publicados por M. Jacques Donvez (1).

"El que firmo, declaro que, habiendo sido atacado desde hace cuatro días de un vómito de sangre a la edad de 84 años, y no pudiendo ir a la Iglesia; habiendo querido añadir el párroco de San Sulpicio a sus buenas obras la de enviarme al abate Gaultier, me he confesado con él y que, si Dios quiere disponer de mí, muero en la santa religión católica en que nací, esperando de la misericordia divina, se dignará perdonar todas mis faltas, y que si alguna vez he escandalizado a la Iglesia pido perdón de ello a Dios y a Ella".

El abate Gaultier dudaba que esta retractación fuera suficiente.

"Habiéndome advertido el abate Gaultier que en determinados sectores se decía, que yo había protestado contra todo lo que hiciera a la hora de mi muerte, declaro que no he tenido nunca tal propósito y que eso es un juego atribuido falsísimamente desde hace mucho tiempo a muchos más sabios que yo".

6.—¿Hubo confesión?

Se ha creído, a la luz de estos textos, que Voltaire se confesó realmente con el abate Gaultier ese día. No hubo tal. El abate Gaultier debía asegurarse, antes de oírle en confesión, de que la retractación sería suficiente para el arzobispo de París. He aquí el pasaje de la Memoria del abate Gaultier sobre todo esto:

"M. de Voltaire, me dijo al darme su retractación en presencia del abate Mignot de Villeveille: "Sin duda, señor abate, la iréis a publicar ahora en los periódicos; no me opongo a ello". A lo que respondí: "No es aún tiempo de eso". Me preguntó en seguida si yo estaba contento. Le dije que estaba contento, pero que esta retractación no me parecía suficientemente amplia y que se la enseñaría al Señor Arzobispo de París. Así lo hice: pero este virtuoso prelado no la tuvo por suficiente, dejé una copia en el Castillo de Conflans en el que vivía él por entonces. Volví en seguida al párroco de San Sulpicio para ponerle en conocimiento de todo lo que había hecho. Al darle una copia de esta retractación que no aprobó, le entregué una nota de Voltaire en la que le prometía 600 libras para los pobres de su parroquia".

No cabe, pues, duda ninguna.

El abate Gaultier no podía, no debía oír la confesión de Voltaire antes de haber obtenido una retractación suficiente. La que hemos leído, aun reforzada por la especie de codicilo que hemos indicado, fué juzgada como insuficiente por el arzobispo y por el párroco de San Sulpicio.

Al día siguiente, 3 de marzo, el abate Gaultier volvió a ver a Voltaire para exigirle —dice él— una retractación menos equívoca y más detallada. Pero no se le recibió. Volvió más veces pero sin resultado nin-

(1) Utilizamos aquí la palabra "descubierto", sólo en el sentido de descubierto en su texto auténtico en casa del notario que los recibió del abate Gaultier, porque todos estos documentos eran ya conocidos y se encuentran textualmente sea en la carta al obispo de Anvers, citada más arriba, sea en las notas publicadas en el Boletín de la parroquia de Saint-Mards, que honra en el abate Gaultier a uno de sus antiguos párrocos y a una de las víctimas beatificadas por Pío XI, 19-X-1926, entre los primeros asesinados en los Carmelitas el 2 de septiembre de 1792.

guno. Voltaire estaba rodeado entonces de los señores D'A..., D..., y M..., dicen los textos, lo que traduciría así: D'Alembert, Diderot para los dos primeros, pero no me atrevo a decidirme por M.

Tenemos cartas del abate Gaultier de 13 de marzo, 15 de marzo y 30 de marzo, en las que se lamenta de que no se le recibe y declara que no volverá si no le llama, porque, en el entretanto, Voltaire se había puesto mejor.

7.—Dos meses de sobrevivencia.

“Durante estos dos meses, —escribe el abate Gaultier en su Memoria al arzobispo, Voltaire hizo muchas cosas que no me gustaron y que hubiera podido impedir, si hubiera podido hablar con él”.

¿Qué eran estas cosas? El abate Gaultier no puede referirse más que a lo que hizo en público. Voltaire se hizo admitir entre los masones, se prestó a las ceremonias de la coronación de su busto en la Comedia Francesa, lo que apareció a los ojos de todos como un triunfo de la impiedad. Pero ahora sabemos mucho más que el abate Gaultier. Tenemos, en especial, una buena docena de cartas de su mano, que, a mi entender, prueban que su retractación del 2 de marzo o no fué más que una comedia, o fué anulada inmediatamente por él.

8.—Cartas de Voltaire.

He aquí algunos trozos de estas últimas cartas de Voltaire: A Federico II el 1º de abril:

“No perdería la esperanza de pronunciar dentro de un mes el panegírico del emperador Juliano. Con todo es cierto, señor, que al fin los hombres se iluminan y que los que se creen pagados para cegarlos no siempre son dueños de arrancarle los ojos. ¡Gracias sean dadas a Vuestra Majestad! Habéis vencido los prejuicios como todos los otros enemigos... Sois el vencedor de la superstición y el sostén de la libertad germánica...”

A M. de Vaines, en abril:

“Los primeros Pascal-Condorcet que lleguen del extranjero serán para Ud. Son dos grandes hombres, pero el primero era un fanático y el segundo un sabio...”

A M. le Comte de Rochefort, 16 de abril:

“Creo que el abate de Beauregard, predicador de Versalles, sedicente jesuita, me hubiera rehusado a gusto la sepultura, lo que es bien injusto, porque se dice que yo no pediría otra cosa más que poderle enterrar: me parece, que me debe la misma cortesía”.

A M. el Abate de Lattaignant, 16 de mayo:

“Soporto con constancia
Mi larga y triste existencia
sin el amor de la esperanza...”

Este último verso dice mucho. Voltaire estaba entre las manos del célebre médico Tronchin. Iba rápidamente camino de la muerte.

9.—Un final terrorificante.

Para poderse mantener a tono, durante las fiestas de su coronación, había tomado secretamente hasta 18 tazas de café. Los gérmenes de la enfermedad que llevaba consigo fueron con esto sacudidos. Perdió el sueño. El mariscal de Richelieu le presentó un pequeño frasco que contenía una medicina a base de opio. Voltaire la aceptó, pero en vez de hacer del frasco tres o cuatro dosis, se lo bebió de un trago. Los efectos fueron fulminantes. Fué llamado Tronchín. Ante esta noticia se deliberó en el arzobispado sobre qué conducta correspondía en caso de fallecimiento. El párroco de San Sulpicio sostuvo que, ante la mala fe del enfermo, él rehusaría a Voltaire la sepultura eclesiástica, a menos que se lograra una retractación y reparación suficientes.

Pero esta retractación no llegó. Voltaire sufría de una manera abominable. Juraba, vomitaba injurias atroces, maltrataba a su enfermera, Tronchín ha dejado un cuadro célebre de esta muerte escalofriante, pero como escribió en puritano calvinista, se ha dicho con frecuencia que su testimonio resultaba sospechoso de exageración.

10.—Últimos esfuerzos del abate Gaultier.

Una prueba de que, según nos parece, el abate Gaultier juzgaba totalmente insuficiente la retractación del 2 de marzo, es que yendo a ver a Voltaire, a petición suya, el 30 de mayo a las 6 de la tarde, llevaba consigo una nueva retractación, que había hecho aprobar de antemano por el abate Mignot, quien se había comprometido a hacerlo firmar a su tío. He aquí este texto:

“Yo retracto todo lo que he podido decir, hacer o escribir contra las buenas costumbres, contra la religión cristiana, en cuyo seno tuve el honor de nacer, contra la persona adorable de Jesucristo cuya divinidad, según me acusan he atacado, contra su Iglesia, en la que quiero morir, haciendo la presente reparación ante todo el universo escandalizado por las obras que aparecen bajo mi nombre desde hace tantos años: reparación que no es resultado de un debilitamiento de mis órganos propios de mi edad, sino de la gracia de Jesucristo, de la que era tan indigno y que me abre los ojos sobre el horrible peligro en el que los delirios de mi imaginación me han sumido. Deseo que esta reparación sea publicada en todos los periódicos y gacetas de Europa, para que ella compense en la medida que sea posible los escándalos que querría destruir al cabo de los pocos días que me quedan de vida.

Hecha en París, el 20 de mayo de 1778, en presencia del señor párroco de San Sulpicio y del abate Gaultier”.

Introducido, con el párroco de San Sulpicio, en el aposento de Voltaire, el abate Gaultier leyó la fórmula al Marqués de Villette, a quien le pareció bien. Pero al llegar junto al enfermo, el párroco de San Sulpicio intentó hablarle el primero, sin resultado. Voltaire no le reconocía. Luego intentó el abate Gaultier.

“M. de Voltaire me dió un apretón de manos —cuenta él— y me dió señales de confianza y de amistad: pero fué grande mi sorpresa cuando me dijo: Señor abate Gaultier, le ruego que salude de mi parte al Señor abate de Gaultier”.

“Continuó diciéndome cosas sin ningún sentido. Como ví que deliraba, no le hablé ni de confesión ni de retractación. Supliqué a los que le asistían me avisaran cuando recuperara el conocimiento. Me lo prometieron. Pero... cuando al día siguiente me proponía volver a ver al enfermo, me hicieron saber que había muerto sólo 3 horas después de haber salido nosotros, es decir, el 30 de mayo hacia las 11 de la noche.

Si hubiera creído que iba a morir tan pronto, no lo hubiera dejado y hubiera hecho todos mis esfuerzos para ayudarle a morir bien. Murió pues sin sacramentos. Quiera Dios que no haya muerto sin un verdadero deseo de recibirlos y de hacer una retractación de todas las impiedades de su vida”.

Estas líneas, dirigidas por el abate Gaultier al arzobispo de París están fechadas el 1º de junio de 1778.

Conclusión: Se habrá advertido que en las páginas que preceden he omitido intencionalmente todas las descripciones más o menos impresionantes de los sufrimientos y de las blasfemias de Voltaire a su muerte. Me he atenido a los documentos esenciales. Resulta de ellos que:

- 1º) Voltaire no se retractó suficientemente el 2 de marzo.
- 2º) No se confesó, ni el 2 de marzo, ni el día de su muerte.
- 3º) Los documentos descubiertos en el despacho de un notario de París y publicados por Jacques Donvez eran conocidos desde hacía mucho tiempo, y no prueban lo que se les ha hecho decir.
- 4º) Debe confiarse, con el abate Gaultier, en que el moribundo tendría un verdadero deseo de conversión y de reparación, antes de su último suspiro, pero el secreto de este deseo pertenece a Dios. Para nosotros es una falsedad que Voltaire haya muerto católico y en católico. Añadamos que si obtuvo sepultura religiosa, se debió a la habilidad de su sobrino, el abate Mignot, pero contra la voluntad de los obispos.

Y así queda todo suficientemente claro.

